

Jack London

JACK LONDON

El hombre hecho a sí mismo

María del Mar Hernández*



Jack London encarnó como pocos el llamado concepto de «self made man». De la miseria al éxito a base de determinación y esfuerzo. Pudo escalar el muro social gracias a su individualismo, que para él no era incompatible con sus ideas socialistas. Murió a los 40 años, en la cima de la popularidad, después de haber vivido más rápida e intensamente que cualquier otro hombre de su época. Sus muchas experiencias —trabajos, aventuras y viajes, adicciones, amores...— fueron los cimientos sobre los que construyó su literatura; una literatura que vendió como mercancía al mejor postor.

Aventurero, viajero infatigable, hombre de éxito, alcohólico y desarraigado, Jack London vivió en su persona las contradicciones de su tiempo y fue víctima y vate de los principios que gobernaron una época de vertiginoso cambio en la impetuosa sociedad norteamericana de finales del siglo XIX.

La época

Tras la Guerra de Secesión (1861-1865), Estados Unidos cicatrizó sus heridas gracias al lenitivo de enormes distracciones. El rápido crecimiento y desarrollo de las industrias del Este, la población de inmensos espacios en el Oeste y la tremenda inmigración fueron los síntomas del fin de la Frontera, de la conquista del Lejano Oeste y de la economía agrícola, e hicieron realidad la famosa frase de Monroe de «America para los americanos».

Entre la muerte de Lincoln en 1865 y la presidencia de Theodore Roosevelt en 1901, el país atravesó un periodo de expansión industrial que hizo posible la transformación de Estados Unidos en una potencia mundial. Fue en estos años cuando se amasaron las grandes fortunas de los Rockefeller (petróleo), Carnegie y Frick (acero), Vanderbilt y Hill (ferrocarril), Westinghouse (electricidad) o Armour y Swift (envasado de carnes).

Pero el auge de la industria no se sustentaba en un desarrollo paulatino e inteligente de las cadenas de producción y consumo, sino en el oportunismo, el enriquecimiento rápido y desmesurado y la explotación. Fue tal la expansión, que los industriales reclamaban asociados, capitalistas y comisionistas, que se hacían ricos tan sólo por mantener el negocio al ritmo de una nación enloquecida por el crecimiento.

Los grandes del mundo de los negocios tendían, además, a la formación de *trusts* o fusiones de industrias del mismo sector que anulaban la libre competencia y acumulaban un inmenso poder. Este poder gozaba de inmunidad gubernamental ya que estaba protegido por la *Kabala* o camarilla parlamentaria de unos cuantos amigos del presidente. Así pues, la inmoralidad del capitalismo sal-



Arriba, retrato de John London, el granjero sin granja que dio su apellido a Jack, hijo de Flora Wellman (derecha), espiritista, y del astrólogo William Henry Chaney. Abajo, la calle principal de Dawson en 1898, en plena fiebre del oro.

vaje se vio respaldada por los sobornos y los pactos entre empresarios, políticos y periodistas pagados por los propios industriales.

Nueva clase de ricos y explotación obrera

De esta forma apareció una nueva clase de ricos que había hecho fortuna gracias a la especulación en la Bolsa, el ferrocarril o la industria, y cuyas rique-

zas servían sólo para demostrar la incultura y el pésimo gusto de los millonarios americanos. A esta época pertenece el palurdo yanqui, desplumado por el europeo que Mark Twain (1835-1910) retrató tan fielmente en su obra *Innocents Abroad* (1869), a propósito de un viaje que hizo por Europa y Tierra Santa.

Este crecimiento trajo como consecuencia, entre otras muchas cosas, la desigualdad social y la explotación de la clase trabajadora. Inmigrantes llegados de Europa (sobre todo de Ucrania, Hun-

gría, Irlanda o Italia), y de Asia (China y Japón), atraídos por el señuelo de una tierra de promisión, se encontraron en un escenario bien distinto. Utilizados como mano de obra barata, víctimas del racismo, soportaban salarios ínfimos y pésimas condiciones laborales. No obstante, para que no se produjeran revueltas y núcleos radicales en una época en que el socialismo y el anarquismo hacían tambalear muchos gobiernos europeos, los empresarios crearon la figura del delator en las fábricas para que, entre otras cosas, denunciara cualquier conato reivindicativo de signo izquierdista.

Esta etapa de corrupción, de inmoralidad, de enriquecimiento desmedido de unos y empobrecimiento absoluto de otros, fue en parte frenada por Theodore Roosevelt (1858-1919), quien llegó a la presidencia en 1901 a los 32 años, después de que su antecesor, MacKinley, fue asesinado por un anarquista. Roosevelt, nacido en una familia aristocrática y rica de origen holandés, pasó algunos años de su vida viajando por Estados

Unidos y viviendo con las gentes sencillas, sobre todo, con los vaqueros del Oeste. Desde la presidencia tomó medidas para pararle los pies al capitalismo de Wall Street y a los reyes del dólar. Procuró conseguir que mejoraran las condiciones laborales de los obreros y que los salarios aumentaran, así como que los *trusts* perdieran el poder o se deshicieran con el fin de recuperar un mercado más competitivo. De esta forma, cuando consiguió deshacer por vía legal el *holding* de la Northern Security Co. de ferrocarriles, el pueblo norteamericano le consideró un héroe nacional.

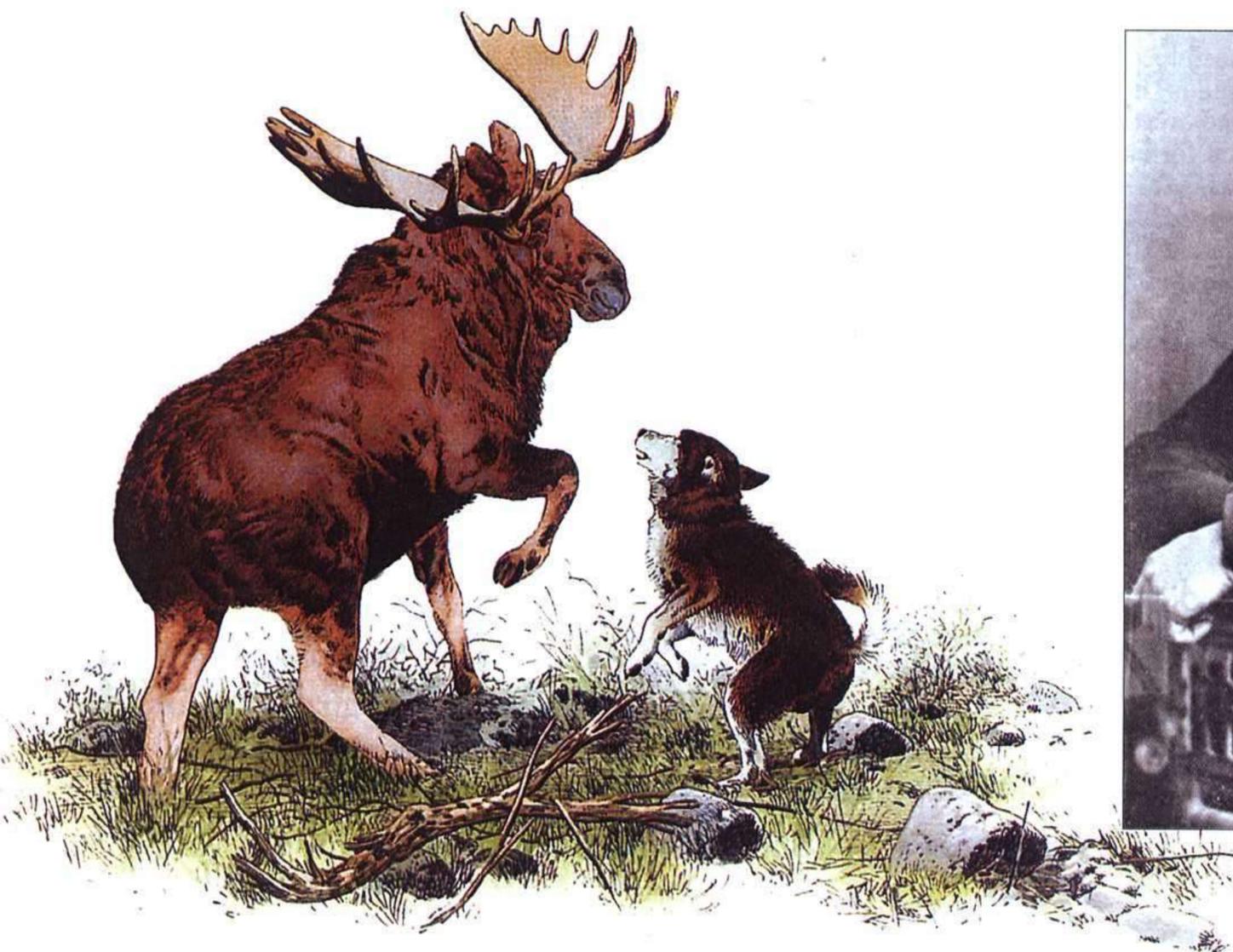
Política de expansión

Pero la actitud nacionalista, que tan acompasadamente discurría con el individualismo, pensamiento predominante en los tiempos, impulsaría a Estados Unidos a su política de expansión territorial, con la que inició su vocación imperialista. En 1867, Rusia vende Alaska

a la Unión (Estados Unidos) por 10 millones de dólares, que fueron rebajados tras el regateo correspondiente a 7,2 millones. De igual forma se adueñaron de Hawai en 1871 y pocos después de Samoa. La guerra contra España en Cuba y Filipinas fue otra incursión de tipo intervencionista que, además, cumplía con el objetivo de distraer al ciudadano con la bandera del nacionalismo. Estas maniobras expansionistas fueron alentadas por la llamada «política del dólar», gracias a la cual se hacían préstamos a otros países, sobre todo a los de América del Sur, que al no poder devolverlos se convertían en fronteras abiertas para la intervención armada del gigante del Norte.

El mismo Roosevelt utilizó en 1903 métodos ignominiosos para arrebatar la zona actual del Canal de Panamá a Colombia, promoviendo una guerra en la región que hizo fácil a Estados Unidos comprar los territorios y hacerse con el dominio de los dos océanos.

Poco antes de 1930, un historiador americano escribió: «No hace mucho



Jack London de joven.
El retrato lo firma
Andrew J. Mill.

que nos estamos preguntando si en este mundo, en vez de millonario, no puede uno llegar a ser cualquier otra cosa. Estamos observando que en la mayor parte de los casos se actúa con una avidez despiadada y demostrando una tendencia demasiado evidente a pisotear los derechos de los demás».

Los movimientos artísticos

Y los movimientos artísticos, que son reflejo de la vida política y social, adoptaron, como en la Europa de esos años a caballo entre dos siglos, el naturalismo y el realismo. Las novelas de Theodore Dreiser, por ejemplo, presentan una clara influencia de Émile Zola. Frank Norris y Stephen Crane fueron otros dos novelistas del naturalismo que, al contrario de Dreiser, dejaron sentir en sus obras el estilo simbolista de los naturalistas franceses. Estos autores reflejaron en su literatura el pensamiento filosófico imperante en la época; el universo de fuerza de Her-

bert Spencer, sociólogo y filósofo inglés que influenció también la obra de London, y al que nos referiremos más adelante cuando hablemos del pensamiento del autor de *Colmillo Blanco*.

Pero, sin lugar a dudas, el novelista que abrió con su literatura un nuevo horizonte narrativo fue Henry James (1843-1916), que abandonó Estados Unidos para desarrollar la mayor parte de su obra en Europa y en 1915 se nacionalizó como ciudadano inglés. En sus obra, sobre todo las primeras novelas como *Roderick Hudson* (1875) y *The Portrait of a Lady* (1881), muestra el conflicto entre la civilización europea y la norteamericana.

En esta sociedad en la que corrían los agitados vientos del cambio de siglo, vivió Jack London, cuya vida y obra, casi formando una misma cosa, muestran al lector las claves que recomponen las preocupaciones de su tiempo a través de los remotos senderos que conducen a la aventura y a la lucha por la existencia en las tierras del silencio y del hielo.



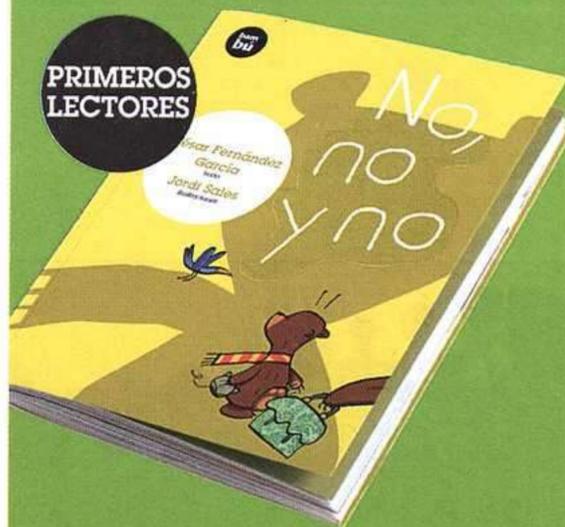
Dibujo de la época en el que se ve a un grupo de buscadores de oro.

No, no y no

César Fernández García

Ilustraciones: Jordi Sales

Oso mediano no quiere irse del lugar donde siempre ha vivido.



El regalo del río

Jesús Ballaz

Ilustraciones: Sebastià Serra

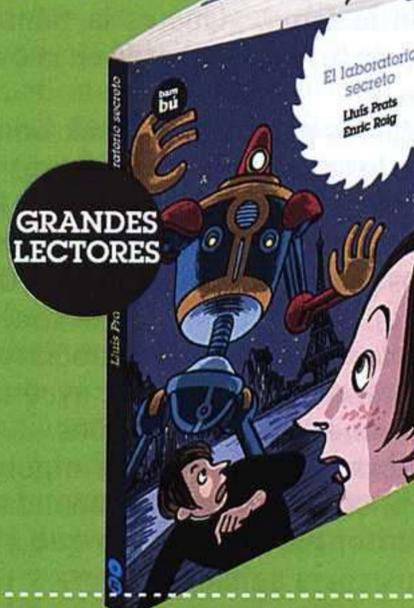
Un hombre vio bajar por el río una cesta con un niño dentro.



El laboratorio secreto

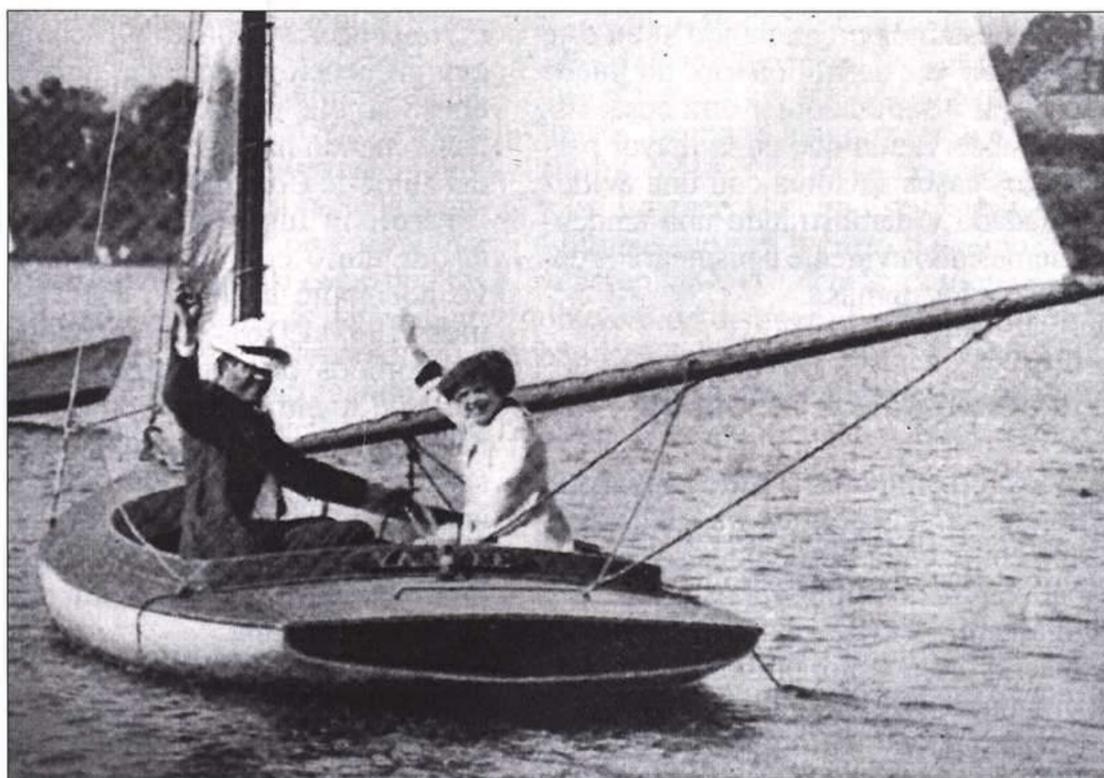
Lluís Prats y Enric Roig

En París, los hermanos Robles descubrirán un laboratorio secreto en los sótanos de un viejo caserón.



**bam
bú**
EDITORIAL

www.editorialbambu.com



London, el primero a la derecha, con unos amigos y su segunda esposa, Charmian —la única dama sin sombrero— en el Snark, el barco del escritor. Al lado, el matrimonio London navegando. La navegación fue una de las pasiones de London.

Una vida sin infancia

«¿Por qué debo preocuparme de si mi nombre perdura o no durante unos cuantos años después de mi muerte? Las recompensas a mi trabajo las quiero mientras pueda disfrutar de ellas. Denme dinero ahora y que otros hombres se queden con la fama. ¿Qué es la fama? Un destello de luz que se pierde en la oscuridad...»

Estas palabras pertenecen a Jack London, uno de los escritores más célebres y mejor pagados de su tiempo, al que la celebridad brindó tributo durante los quince años que siguieron al cambio de siglo y al que veintidós años después de su muerte tan sólo se le conocía ya como un creador de historias de aventuras y narraciones cortas para niños.

Las palabras citadas arrojan alguna luz sobre la controvertida personalidad de este escritor norteamericano que vivió una existencia agitada, azarosa y rica, que conoció las dos caras de la vida, como los dos rostros de la luna: iluminado uno y en tinieblas el otro.

Jack London nació el 12 de enero de 1876 en San Francisco. Su concepción fue durante muchos años un misterio para él y no fue sino hasta su ingreso en la universidad cuando supo a ciencia cier-

ta que era hijo ilegítimo. Su madre, Flora Wellman, fue una mujer algo *alocada*, sin instinto materno, que jamás pareció preocuparse por las formalidades del matrimonio en su obsesión por el mundo del espiritismo y del zodiaco. Propensa a los ataques de histeria, trató de suicidarse dos veces durante su embarazo a causa de lo que denominaba «infelicidad conyugal». El causante de esta situación era el hombre que con más seguridad fue el padre de Jack London: William Henry Chaney, de profesión astrólogo vagabundo. El «profesor» Chaney, cuyo carácter se correspondía con el de un aventurero y que ya se había casado con anterioridad varias veces, negó poco antes de su muerte su matrimonio con Flora y su paternidad en una carta que escribió al propio Jack London, cuando este tenía 21 años. En ella le decía que tan sólo vivió con Flora desde junio de 1874 hasta junio de 1875, y que por entonces, a sus 55 años, era ya impotente y en consecuencia no podía ser su padre. Sin embargo, los parecidos tanto físicos como temperamentales de Chaney y London son tan sorprendentes que se le ha considerado como su verdadero progenitor.

El padrastro de Jack, el hombre que le dio su apellido, fue John London y con-

trajo matrimonio con Flora en septiembre de 1876. Eran un granjero de carácter más tranquilo y menos turbulento que Flora. Hasta su muerte se vio envuelto en los planes de su mujer para enriquecerse con rapidez, planes que los abocaron a una quiebra tras otra.

En este entorno sembrado de avatares, prácticamente abandonado por su madre, y criado por una matrona de raza negra, transcurrió la infancia de Jack London, que como él mismo dice no fue tal infancia, ya que la pobreza le obligó a trabajar y a someterse a las duras condiciones de vida de aquel periodo desde temprana edad.

Hasta los 13 años asistió a diversas escuelas de Oakland y fue durante esta etapa de su vida cuando conoció a Miss Ina Coolbrith, la bibliotecaria de la Public Library de Oakland. Esta mujer encauzó a London por el sendero de las lecturas y como él mismo dijo, leía mucho, pero «principalmente historia y aventuras, y todo sobre los antiguos viajes y expediciones. Leo por las mañanas, por las tardes y por las noches. Leo en la cama, en la mesa, leo cuando voy y vengo de la escuela, y leo en los recreos, mientras los otros niños juegan...».

Sin embargo, a los 11 años ya trabajaba. Fregaba las cubiertas de los yates, re-

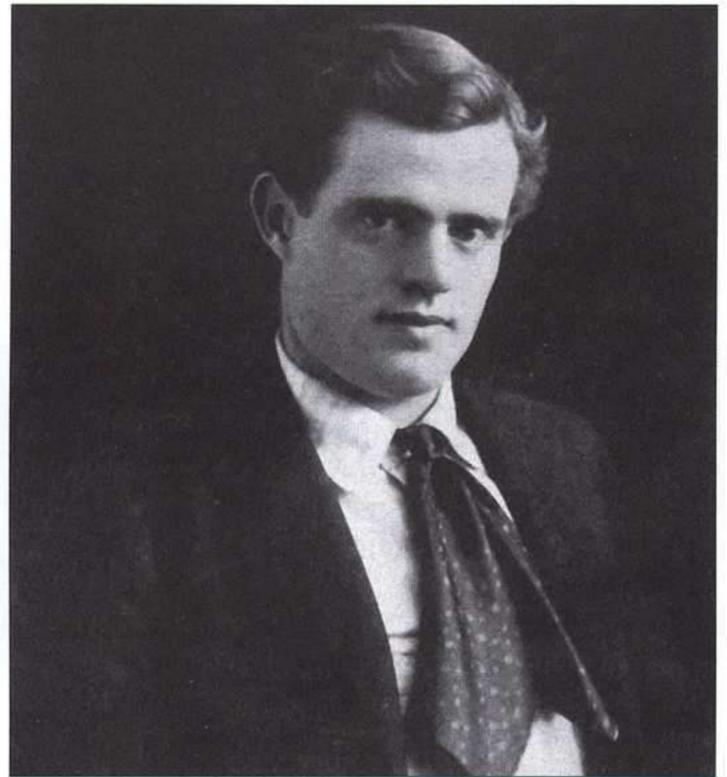


Foto de familia. Bess Maddern, primera esposa de London, junto a sus hijas, Bess (Becky) y Joan. Al lado, un retrato del escritor que se casó con Bess (Elizabeth), su tutora de Matemáticas y amiga. Un matrimonio de conveniencia.

partía periódicos y era aprendiz de repartidor de hielo los fines de semana. Aquel difícil periodo en las calles de Oakland lo recordaría durante toda su vida como la época en que más hambre pasó; especialmente experimentaba un apetito voraz por la carne, alimento escaso para él. Por ello, cuando pudo permitíselo, lo ingería siempre que le era posible, como una apetencia fija que, incluso tiempo antes de su muerte, todavía le asaltaba a pesar de las prohibiciones de sus médicos. Como paradigma y también como símbolo de aquella obsesión puede citarse su cuento titulado *Por un bistec (A piece of Steak)*.

A los 15 años London, comenzó a trabajar en una fábrica de conservas del estuario y más tarde se hizo ladrón de ostras, ocupación muy extendida entre los marginados y la comunidad china de Oakland. Poco después, persiguió a aquellos mismos piratas al enrolarse en la patrulla pesquera de la bahía. Basadas en aquellas experiencias surgirían varias narraciones cortas reunidas bajo el nombre de *Cuentos de la patrulla pesquera (Tales of the Fish Patrol)*, publicado en 1905. Retrato de sí mismo y de sus aspiraciones en aquella época son estas palabras que escribió en 1906: «A los 15 años yo era un hombre entre los hom-

bres, y si ahorraba un níquel [moneda de 5 centavos] me lo gastaba en cerveza en lugar de en dulces, porque pensaba que era más viril comprar cerveza. Mi sed de aventuras era muy fuerte y abandoné mi casa. No hui, tan sólo la abandoné, me fui a la bahía...».

En 1892, a punto de cumplir los 17 años, se enrola en el *Sophie Sutherland*, barco que se dirigía al mar de Bering a la caza de focas. Allí, una vez más, fue donde probó el amargo sabor del trabajo duro, un trabajo que habría destrozado a un hombre que le doblara en edad. No había lugar para la debilidad o la incompetencia. No obstante, como dicen sus biógrafos, London buscaba precisamente eso: «Igual que otros hombres, una generación antes, se habían puesto a prueba en la frontera, él demostraría su hombría en los mares. Sobrepasar a todos era una de sus aspiraciones en la vida: soportar más trabajo, beber más alcohol, conquistar más mujeres, escribir más libros».¹

Nace un talento literario

Cuando regresó a San Francisco en 1893 la situación era catastrófica: la depresión asolaba el país y el paro conmo-

cionaba a la sociedad. London volvió a trabajar para sostener a su familia, aunque siguió con sus lecturas cuando tenía tiempo libre.

En noviembre del mismo año ganó un concurso organizado por el periódico *Call*, de San Francisco, y el editor comentó que en él se apreciaba el nacimiento de un talento literario con una «consolidada fuerza de expresión». En aquel momento de éxito inicial decidió poner sus miras en la literatura. Sin embargo, las narraciones cortas que escribió después para el *Call* no fueron aceptadas. Poco más tarde, abandonó la fábrica de hilados de yute donde trabajaba por un mísero jornal y aceptó un puesto en una central eléctrica por un salario que no era mucho mejor que el que había tenido en la fábrica de conservas a los 13 años. Por fin, dejó aquel empleo en el que había puesto algunas esperanzas de mejora y se dedicó a robar ostras de nuevo.

En 1894, la situación del país no había cambiado y todavía tendrían que pasar cuatro años antes de que la fiebre del oro de Alaska y Canadá y la guerra contra España en Filipinas mejoraran las circunstancias. Aquel estado de cosas hizo brotar movimientos redicales en todo el país, uno de los cuales fue el del «General» Ja-

cob S. Coxe, el cual movilizó un ejército de desheredados que recorría el país hacia Washington para obligar al gobierno a crear puestos de trabajo construyendo carreteras. Jack London se unió a aquel grupo, cuyas reivindicaciones no fueron aceptadas, por lo que London continuó su vagabundeo a través de Estados Unidos hasta que, finalmente, acabó en la cárcel del condado de Erie, cerca de las cataratas del Niágara, acusado de vagancia.

Allí fue testigo de innumerables horrores, cuyo recuerdo jamás le abandonaría. La locura y la crueldad latían en las historias que le contaban los presos; hasta tal punto que cuando salió del presidio, a pesar de los encantos y la supuesta libertad del vagabundo, comprendió que aquella vida sólo podía conducirle a la oscuridad y a la degradación. Deseaba convertirse en escritor y no podía hacerlo en la miseria. Cuando regresó a Oakland llevaba bajo el brazo el *Manifiesto comunista*, atisbo de lo que más tarde se convertiría en su conciencia social y en su firme determinación de crear un mundo mejor.

Socialista heterodoxo

En el año 1895, se afilió al partido socialista y más tarde, en 1901, se unió a los disidentes del Socialist Labor Party para crear el Socialist Party of America. Sin embargo, London vivió el socialismo de forma algo heterodoxa y, a veces, contradictoria. Su simpatía hacia los desheredados, su resentimiento hacia la autoridad, su rechazo del capitalismo como fórmula de explotación, de compra y venta del género humano, le impulsaron a unirse a las filas del socialismo y leyó con gran avidez la obra de Proudhon, Saint-Simon y Fourier.

No obstante, London tenía una clara idea del futuro que podía aguardarle al socialismo en aquella sociedad íntegramente capitalista. Así, en 1901 escribe: «Me gustaría que el socialismo fuera una realidad; sin embargo, sé que el socialismo no es el siguiente paso; sé que primero el capitalismo debe vivir su vida, el mundo debe ser explotado hasta su última gota, tiene que producirse una lucha entre las naciones más dura, más intensa, más extensa que nunca. Preferi-



Una imagen de la ciudad de San Francisco después del devastador terremoto de 1906.

ría despertarme mañana en un Estado socialista que funcionara con naturalidad, pero sé que no será así; sé que no llegará de esa forma. Sé que el niño debe pasar por las enfermedades infantiles para convertirse en un hombre».

Pero también bullía en su mente el mítico Horatio Alger,² figura significativa en la vida norteamericana de aquellos tiempos, representante de la concepción del hombre capaz de hacerse a sí mismo



PHILIPPE JACQUIN, LA LLAMADA DE LO SALVAJE, SM, 1996.

y que, nacido en la pobreza, consigue superar los obstáculos que le conducirán al éxito. En otras palabras, la seducción del individualismo, el deseo de salir de la miseria, de lo que él llamaba *the social pit* (la fosa social, el hoyo), pensamiento que trasladó a su vida cuando el

éxito llamó a sus puertas. Su individualismo también se nutrió con las lecturas de Nietzsche. Párrafos como: «Yo os enseño al Superhombre. El Hombre es algo que ha de ser superado... el Hombre es una cuerda tendida entre el animal y el Superhombre, una cuerda tendida so-



London en 1904, cuando fue corresponsal en la guerra ruso-japonesa.

bre el abismo» debían de poseer un enorme atractivo para London. Como se ha señalado anteriormente, Jack London albergaba enormes deseos de superación, sustentados en la creencia de que era una criatura superior, y así, paradójicamente, dedicaba también un intenso fervor al socialismo, contribuyendo con su tiempo y su dinero, dando conferencias y escribiendo a favor de la causa de la revolución. De esta forma, llegó a autocalificarse como un «monista materialista», cuyas dos personalidades más admiradas eran Jesucristo y Abraham Lincoln: «London podía ser un ateo que valoraba el ejemplo de Cristo, un socialista que creía en el proceso gradual de la revolución, al mismo tiempo que admiraba la imagen de un Superhombre que pudiera dominar con justicia al rebaño ignorante».³

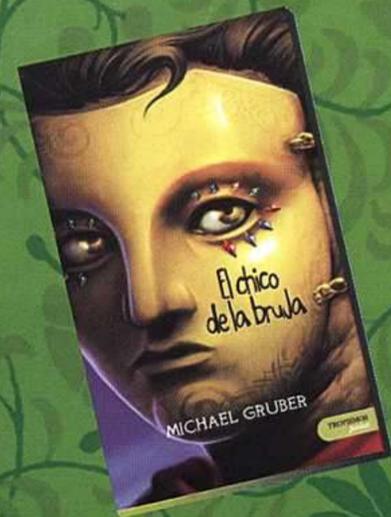
Su fiebre del oro

London volvió a la escuela Secundaria para ingresar en la Universidad de Berkeley, en la que no estuvo más de un semestre. Pero, poco antes, había cono-

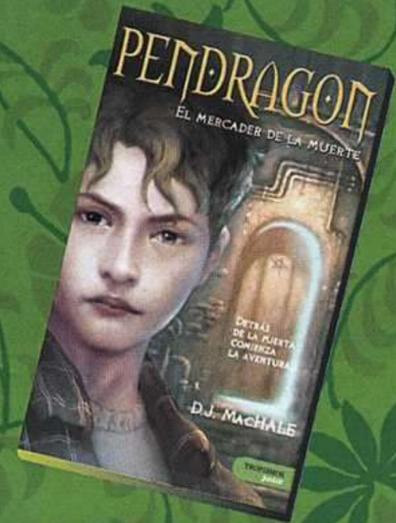
cido a Mabel Appelwarth, que fue su primer amor. Mabel pertenecía a una clase superior a la suya, lo que para London era algo tan atractivo como la misma joven a la que pretendía. (La figura de esta mujer sirvió de inspiración para su novela cuasi-autobiográfica *Martin Eden*). Su romance con Mabel instigó sus ambiciones de superación casi hasta la locura y decidió prepararse para entrar en la Universidad de California.

Pero en 1897 abandonó las aulas empujado por diversos factores, entre los que se encontraba la falta de dinero y la sensación de que sus estudios no merecían todo el tiempo que les estaba dedicando, ya que las lecturas extraescolares le eran más útiles para su formación.

Así pues, en 1897, cuando la fiebre del oro de Alaska conmocionó al país, partió hacia aquellas latitudes. Alaska le reveló un nuevo universo en el que recrear su pensamiento filosófico y social, y le brindó numerosas tramas para diversas narraciones cortas, entre las que se encuentran sus más vigorosas aportaciones literarias. En las heladas tierras del norte, donde sólo los más dotados sobreviven, según las teorías de Darwin



UNA REINTERPRETACIÓN
DE LOS CUENTOS
DE HADAS CLÁSICOS



DETRÁS DE LA PUERTA
COMIENZA LA AVENTURA...



ALGO MUY GRAVE
ESTÁ SUCEDIENDO
A POCOS PASOS DE TI...

www.tropismos.com



London, Charmian y Laurie Smith (derecha), un pianista australiano; los tres navegando a bordo del Roamer. Al lado, el granero del rancho de London, semidestruido por el terremoto que asoló San Francisco en 1906.

y el pensamiento de Nietzsche, fue donde halló su identidad personal: «Fue en Klondike donde me encontré a mí mismo. Nadie habla. Todo el mundo piensa. Uno alcanza su verdadera perspectiva. Yo encontré la mía».

Sin embargo, London no fue a Alaska a encontrarse a sí mismo o a recopilar material literario, sino que se unió a los cientos de miles de hombres que buscaban fortuna y riqueza en los fondos de aquellos lejanos ríos.

Pero su sueño, como el de muchos otros, no se hizo realidad y la única riqueza con la que regresó bajo el brazo a California fue la de una experiencia dura, pero fecunda. Pasó muchas horas en los bares y tabernas escuchando los relatos de aquellos aventureros mientras bebía con ellos. Convivió con los indios, cuya lucha por la existencia le fascinó. La vida para esta clase de hombres se reducía a lo más esencial: la búsqueda de comida y refugio.

A pesar del conocimiento y las experiencias que acumuló en el Klondike, que serían el germen de futuros relatos, un colega de London, Thames Williamson, también escritor, comentó en cierta ocasión: «Cuando le conocí en Oakland,

su sensación hacia aquellas tierras era amarga; yo era un niño, un admirador de los héroes, y le hice muchas preguntas sobre la vida allí. La sola mención de Alaska hizo que London gruñera y maldijera. Aquél era un lugar infernal; había destrozado su salud. Había ido hasta allí para hacerse rico y todo lo que trajo consigo había sido el escorbuto».

Su creatividad literaria como mercancía

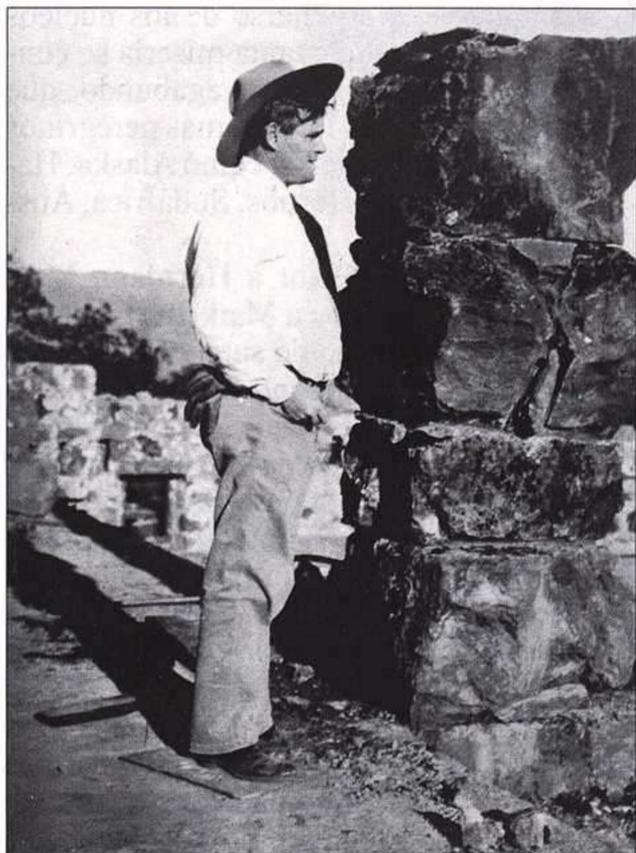
Pues bien, London regresó decidido a no volver a someterse a trabajos duros y a «comerciar» con su talento. Para mantener a su madre y a sus hermanastros, ya que John London murió en su ausencia, buscó empleo, pero no lo encontró; por lo que comenzó a escribir para ganarse uno dólar. Tal y como les decía a sus amigos socialistas, escribía cien palabras al día y las vendía cada una a un céntimo. Es decir, había elegido para hacer fortuna el utilizar su creatividad literaria como una «mercancía intelectual» (*brain merchandise*).

En 1899, publicó en el *Atlantic Monthly* el relato *Una odisea nórdica*

(*An Odyssey of the North*), que le lanzó a la fama, y poco después *El hijo del lobo* (*The Son of the Wolf*). A partir de entonces, comenzó a escribir con prodigialidad, impulsado por su horror a la miseria. La fama tan sólo la deseaba en la medida en que le proporcionaba sustanciosos ingresos. Su producción fue tan prolífica que, alrededor de 1900, sintió que ya no se le ocurrían más temas para sus narraciones y llegó incluso a pedirselos a algún que otro amigo. Durante aquel periodo se le calificó de plagiaro e imitador.

Aquel mismo año de 1900 conoció a la que sería su mujer, Bess Maddern, amiga de Mabel Applewarth, con la que no se llegó a casar, y, como ella, perteneciente a una clase social más alta.

En 1902, estaba ya casado con Bess, tenía dos hijas, una casa, disfrutaba de cierto nivel económico y había publicado su primera novela, *La hija de las nieves* (*The Daughter of the Snows*). Sin embargo, como dice Abraham Rothberg en su prólogo a la edición de Bantam Classic, los recuerdos de sus días de infancia le asaltaban y a menudo se sumía en un profundo pesimismo, en la desesperanza y en la autocompasión.



London frente a una de las paredes que quedaron en pie después del incendio de su Wolf House. Becky y Joan, las hijas del escritor. Al lado, Jack y su segunda esposa, Charmian.

Cuando su matrimonio comenzaba a zozobrar, aceptó un trabajo como corresponsal en Londres, donde le gustaba vagar por los barrios bajos vestido de marinero. Allí se encontró con el mismo espectáculo de la miseria que tanto repudiaba, y de esta experiencia surgió *Las gentes del pozo* (*The People of the Abyss*, 1903).

Cuando regresó a California en 1903, publicó una de sus mejores narraciones: *La llamada de lo salvaje*⁴ (*The Call of the Wild*) y, en 1904, año en el que se divorció de Bess, *El lobo de mar* (*The Sea Wolf*), otra de sus más importantes novelas junto con *Martin Eden* (1909). Tras la publicación de *Colmillo Blanco* (*White Fang*) en 1906, publicó otras obras importantes como *El talón de hierro* (*The Iron Heel*) y *La carretera* (*The Road*) en 1907, *Burning Daylight* en 1910 y *John Barleycorn* en 1913.

Tras un traumático divorcio de Bess, London volvió a casarse con Charmain Kittredge en 1905, a la que había conocido casi al mismo tiempo que a su primera esposa. Aquel segundo matrimonio se vio envuelto en un gran escándalo, ya que por aquel entonces el divorcio no estaba muy aceptado so-

cialmente. Junto a ella hizo innumerables viajes y en 1910 se estableció en un rancho, el Rancho del Valle de la Luna (*The Valley of the Moon Ranch*) cerca de Glenn Ellen (California), en el que proyectó la construcción de una gran mansión a la que bautizaría con el nombre de *Casa del Lobo* (*Wolf House*). Aquel grandioso proyecto se truncó a causa de un misterioso incendio, cuando la estructura del edificio ya se había levantado.

Los últimos años de su vida los pasó atenazado por la uremia y el reumatismo, minado por el alcohol y con el ánimo debilitado por el pesimismo. Su segundo matrimonio también fracasó. El escritor abandonó el partido socialista poco antes de su muerte. Según sus biógrafos, London siempre había vivido por encima de sus posibilidades, tanto económicas como físicas y psicológicas, y al final de su vida se vio demasiado viejo, demasiado enfermo y demasiado cansado como para modificar su destino.

El 22 de noviembre de 1916, a los 40 años, la amargura le venció y, aunque sus médicos le habían desahuciado, se administró él mismo una sobredosis de

morfina, muriendo a primeras horas de la mañana.

«Para mí, la idea de la muerte es dulce. Piensa en ella —yacer y sumirse en la oscuridad, alejado de la lucha y del dolor de la existencia— dormir y descansar, descansar para siempre. Oh, no es que quiera morir ahora —lucharé como un demonio para estar vivo...— pero cuando vaya a morir, lo haré sonriendo a la muerte, te lo prometo», en palabras de London a su segunda mujer, Charmian.

Su pensamiento

La vida norteamericana experimentó un cambio espectacular después de la guerra de Secesión. Si durante ésta el puritanismo había prevalecido sobre la dura raza del sur, más tarde atravesó un auténtico periodo de secularización, en el que transformó su ética, antes religiosa, en la moral capitalista del éxito. Mientras tanto, los horizontes geográficos se ensanchaban y el norte se lanzó a la revolución industrial que consolidaría su victoria sobre el sur.

La mayoría de los artistas norteameri-

JACK LONDON



Un joven London. Abajo, las tumbas de London y Charmian en un lugar privilegiado de su rancho de Glen Ellen, hoy en día perteneciente al California State Historic Park. Un lugar de «peregrinación» para los muchos admiradores del autor de Colmillo Blanco.



canos respondieron a aquel crecimiento desmesurado del capitalismo y a los cambios que produjo en la sociedad, con dos reacciones: la huida o la lucha. Bret Harte, Harold Frederic, F. Marion Crawford, Henry James y Stephen Crane huyeron a Europa. Mark Twain, Frank Norris, Ambrose Bierce, Hamlin Garland y

W. Dean Howells, entre otros, permanecieron en Estados Unidos.

Jack London optó por una fórmula intermedia mediante la que combinaba la lucha con la huida. Su actitud combativa iba encadenada en su propio ser y en su pensamiento dual. La huida fue protagonizada por su tendencia, cada vez

más acusada, a alejarse de los núcleos urbanos en los que tanta miseria se concentraba, y su espíritu vagabundo, que lo llevó hasta los lugares más peregrinos y alejados de la tierra, como Alaska, Hawái, el Cabo de Hornos, Sudáfrica, Australia, etc.

London, posterior a Hermann Melville (1819-1891) y a Mark Twain (1835-1910), fue un hijo de su época. Su pensamiento, tan cercano al materialismo científico, ha hecho que algunos críticos consideren su obra encadenada a aquellas teorías que tiempo después serían obsoletas y que le impidieron remontarse a un tipo de literatura más universal. Sin embargo, su obra constituye una aportación a la literatura, no porque sus novelas y cuentos estén impregnados de un determinado pensamiento, sino por la elección de los temas y su estilo descuidado y rápido, que hacen de su pluma un discurso irregular, sembrado de magníficos pasajes poéticos y alegóricos, frente a narraciones plagadas de sentimentalismo o de trama convencional, más bien dirigida al mercado editorial que a la posteridad. Pero su narrativa cobra fuerza y vigor precisamente por la influencia que ejercieron sobre ella las ideas de Nietzsche, Herbert Spencer,⁴ Darwin y Marx.

Dos son, pues, las fuerzas opuestas que se enfrentan en el pensamiento de London: por una parte el individualismo, bajo el que se esconden las lecturas de Nietzsche y Darwin y, por otra, el socialismo. Uno mismo es el origen de estas dos corrientes: su experiencia vital desde la infancia.

London había nacido y crecido en un ambiente hostil en el que tuvo que luchar a brazo partido por sobrevivir y por superar su condición de pobre e hijo ilegítimo. De ahí su individualismo, su necesidad de superación y su acomodado *modus vivendi* posterior, a pesar de que vivió siempre por encima de sus ingresos (que llegaron a ser multimillonarios) y ahogado por las deudas. Algún crítico ha señalado que su madre, Flora, fue la que inspiró su individualismo y su primer impulso por hacer suya la idea del Superhombre de Nietzsche; mientras que es en su padrastro, John London, donde se encuentran las raíces que sustentaban su constante preocupación social.⁵



Jack London solía refugiarse a menudo en el Bohemian Club, de San Francisco, creado en la década de los 70 del siglo XIX por escritores de la talla de Mark Twain o Henry George, entre otros. Un lugar de encuentro de escritores, artistas y profesionales liberales. En la foto, el escritor en la arboleda del club.

Así pues, la fuerza motriz de Jack London se encontraba en el deseo de éxito y en la recompensa económica a sus esfuerzos. No es de extrañar en una persona que se vio sometida a las privaciones de una época difícil. Si desde su juventud se sintió atraído por Marx, también leía a Horatio Alger; si era un entusiasta de la revolución y de la esperanza de un mundo mejor, también deseaba disfrutar de todos los beneficios que la vida pudiera reportarle en una sociedad a la que consideraba podrida y corrupta. Estaba orgulloso de ser un socialista, pero tenía a su servicio un criado oriental que debía llamarle «señor dios» si no quería ser despedido; hablaba de la cercana revolución sobre la mesa gigantesca y magnífica de su rancho, y el resultado de sus ideas contradictorias no podía ser otro que la indigestión.

Innovador literario

«Fue un innovador, no sólo en el terreno literario, que, sin tratar de serlo, sin intentar demostrar a través de su propia vida que los frutos de la sociedad materialista podían ser amargos, mostró que no hay nada que pueda resquebrajarse tanto como el éxito.»⁶ Si con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, el hombre de éxito había conseguido así la

felicidad, después, los héroes del mito del éxito fueron condenados a un final trágico y sus luchas internas acabaron en el alcoholismo y la desilusión. Escritores como George Sterling, Ambrose Bierce, Sinclair Lewis, Eugene O'Neill, Dylan Thomas, Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway o William Faulkner, corrieron suertes parecidas.

En resumen, tal como repudiaba a la masa social, sucia, cruel e ignorante, y deseaba salir de la clase trabajadora, simpatizaba con ella en su anhelo de crear una sociedad más justa. Por ello, pudo escalar el muro social a través de su individualismo, al mismo tiempo que pensaba poder eliminar los sótanos de la sociedad gracias a la revolución socialista.

De la misma forma que en su pensamiento, en su literatura se observa que, junto a pasajes en los que queda reflejada su concepción de un universo de fuerza spenceriano, de la supervivencia del más fuerte y cierta supremacía de la raza blanca (en concreto la anglosajona, según London), se encuentran otros enteramente dedicados a traslucir su simpatía hacia los desheredados y su sensibilidad respecto a la injusticia social. Al individualismo y al determinismo de Spencer, London suma su amor hacia el socialismo.

Sin embargo, al final de su vida, London no sólo abandonó el partido socia-

lista por «su falta de espíritu combativo y su desinterés por la lucha de clases», sino que también señaló que su adoración por Nietzsche fue una fiebre pasajera de juventud y que sus novelas *Martin Eden*, *El lobo de mar* o *Burning Daylight* no fueron sino alegatos contra el individualismo. ■

***María del Mar Hernández** es traductora de *Colmillo Blanco*.

Este texto forma parte de la introducción y el apéndice que María del Mar Hernández escribió para la edición que de *Colmillo Blanco* hizo Anaya, dentro de la colección Tus Libros, en 1990.

Notas

1. Richard O'Connor, *Jack London. A Biography*. Little, Brown & Company (Canada) Limited, 1964.
2. Horatio Alger (1832-1899) fue uno de los más populares escritores norteamericanos de los últimos treinta años del siglo XIX y posiblemente el escritor que más influyó en la sociedad norteamericana de su generación. Sus libros narraban la vida de niños nacidos en la pobreza que, gracias a sus cualidades y a su esfuerzo, lograban la merecida recompensa a sus trabajos.
3. Richard O'Connor *op. cit.*
4. Herbert Spencer (1820-1903) fue un sociólogo y filósofo inglés que, por su repercusión en la obra de London, merece especial mención. Este pensador fue uno de los primeros defensores de la teoría de la evolución de Darwin, de la importancia del individuo sobre la sociedad y de la ciencia sobre la religión. Su obra magna fue *The Synthetic Philosophy*.
5. Abraham Rothberg, prólogo a *The Call of the Wild* y *White Fang*, Bantam Classic, 1963.
6. Richard O'Connor, *op. cit.*